

LIBROS

Ortega y la política

Al alcanzar el número 500 de su colección «El libro de bolsillo», Alianza Editorial, sus gestores han querido marcar el acontecimiento con un regreso a los orígenes. El primer libro de aquella había sido, en 1966, unas *Lecciones de metafísica*, de José Ortega y Gasset; ahora reaparece el nombre del pensador liberal con unos *Discursos políticos*, selección de los que pronunciara entre 1909 y 1932 (1).

El libro se inscribe así en el proceso de redescubrimiento de Ortega como político que iniciaron, en 1969, los volúmenes X y XI de sus *Obras completas*. En ellos se compilaban por primera vez multitud de artículos y algún discurso que hacían mucho más compleja y coherente la trayectoria ideológica del filósofo madrileño. Antes, era de todos conocida su actitud crítica frente a la Restauración, encarnada por el siempre citado discurso *Vieja y nueva política*, la reflexión sobre la crisis del sistema *España invertida*, habitualmente mal leída, y piezas sueltas y muy sonoras, como los artículos de la *dictablanda*, la posición sobre el problema catalán y el manido «No es eso, no es eso», reducido a gazonería justificativa de liberales que se permitían sancionar en dos palabras la suerte de la República sin proceder a un mínimo análisis de sus circunstancias. Ciertamente también colaboró a la nueva visión la positiva actitud historiográfica de bajar a las fuentes de pre-

sa, con resultados muy diversos, como los descubrimientos del francés Conard, a la erudita ampliación que trajeron *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*, el lúcido ensayo de J. M. Desvois sobre los orígenes de *El Sol* o el notable análisis monográfico de Evelyne López Campillo sobre la *Revista de Occidente*. Son todos ellos prueba de un progresivo enriquecimiento de nuestro saber sobre Ortega, felizmente desatado del ciclo de reflexiones post-mortem a que las peculiares condiciones intelectuales de España de los cincuenta condenaron a amigos y enemigos.

En este sentido, los trabajos políticos de Ortega descubrieron una nueva imagen, desde los iniciales flirteos en torno a la idea y la organización socialistas, hasta unos contornos mucho más precisos de su acción durante la República. En lo primero, fue Ortega, sin duda, el primero de nuestros intelectuales en formular una posición sansimoniana respecto a la clase obrera, con unas aspiraciones de integración y control que expresa muy bien su concepto de «socialismo nacional». Tuvo, en consecuencia, la virtud de no caer en el espejismo de otros intelectuales, buscando en la clase obrera el protagonista de la frustrada revolución democrático-burguesa, para tratar a continuación de hacerla asumir unos intereses y unos criterios de acción que correspondían, desde luego, al origen de clase del intelectual con mucha mayor intensidad que a sus nuevos destinatarios. El ciclo ideológico iniciado con *Vieja y nueva política*, la Liga de Educación Política y el semanario *España* dan cuenta bien a las claras de lo fructífero de la posición orteguiana, coherente en su distanciamiento progresivo del partido de Pablo Iglesias. De esta sugestiva etapa inicial, la selección de discursos que comentamos ofrece sólo una imagen incompleta. Aparece, es cierto, el ya conocido *Vieja y*

nueva política, pero enmarcado muy brevemente por una sola pieza de sus intervenciones en torno al socialismo hacia 1910. Es una notable conferencia sobre «La ciencia y la religión como problemas políticos», pronunciada ante los jóvenes socialistas de Madrid que introduce bien al tema, pero que requeriría el complemento de leer otros textos similares para lograr una imagen más precisa.

A continuación, hay que lamentar el vacío de diecisiete años que separa la defensa de Unamuno pronunciada ante la Sociedad «El Sitio», en octubre de 1914, y la intervención en Segovia, de febrero de 1931, ya en plena campaña de la Agrupación al Servicio de la República. Nuevamente es inexcusable la referencia a los artícu-



los de prensa reunidos en las *Obras completas* para recuperar un curso que de otra forma se nos escapa por entero.

En cambio, los discursos republicanos devuelven muy bien la perspectiva con que Ortega se sitúa ante, y muy pronto, frente al régimen nacido el 14 de abril de 1931. El discurso electoral de junio de 1931, pronunciado antes quienes llama reiteradamente «gentes de León» es ya una definición clara de su actitud: búsqueda de nuevas formas constitucionales en el peligroso camino de la superación de la democracia parlamentaria; desdén hacia la nueva clase política, cierta tendencia a encubrir los verdaderos objetivos del discurso, especialmente en las frases dirigidas

hacia la clase obrera; frecuentes alternativas entre una cierta vaguedad y una precisión sorprendente en el tratamiento de las categorías políticas; en fin, articulación de los proyectos en torno al concepto lisitano de sistema económico nacional que, aunque lo rechaza más de una vez explícitamente, entraña conformismo obligado de las clases trabajadoras y prioridad al desenvolvimiento de un capitalismo dirigido e impulsado por el aparato estatal. Las consecuencias son conocidas: campaña de rectificación de la República, lanzamiento infructuoso de la idea ambivalente de un gran partido republicano nacional, acercamiento no menos truncado al naciente grupo republicano conservador de Miguel Maura (ver discurso del cine de la Opera). Más tarde, ensayos estériles, críticas cada vez más espaciadas y, para volver a poner las cosas en su sitio, el resonante y bien venido ¡Viva la República!, que sigue al triunfo derechista de las elecciones de 1933. Finalmente, prólogo a la cuarta edición de *La rebelión de las masas*, crítica acerca de Luis Araquistain desde *Leviatán*, etcétera. Pero el papel político de Ortega había agotado ya sus posibilidades, desde la disolución de la Agrupación al Servicio de la República.

Las notas anteriores sirven, a nuestro juicio, para probar el excepcional interés de esta salida popular de los discursos políticos de Ortega. No estamos, sin embargo, tan conformes con el planteamiento, insuficiente, a nuestro juicio, de esta edición. Paulino Garagorri, discípulo y excelente conocedor de la obra de Ortega, ha querido escribir un prólogo liberal, y, en consecuencia, no condicionante de la visión que el lector pueda adquirir de los textos que va a encontrarse. Es el mismo criterio que ya siguió hace algún tiempo para presentar los escritos de Pérez de Ayala. Pero cuando se trata de un contexto tan mal conocido como

el que rodea la actividad de un intelectual y político como Ortega, nada menos que de 1909 a 1932, la renuncia a condicionar equivale a desarmar las posibilidades críticas de los quinientos o veinte mil eventuales lectores de la obra. Está muy bien el criterio de «aceptar la realidad para poder introducir en ella la libertad», pero es preciso un mínimo de información para que aquella realidad pueda entregar mínimamente su significado. Sin una conveniente anotación, los discursos de Ortega —y pensamos especialmente en los discursos republicanos— recuerdan un ejercicio pugilístico compuesto de golpes dirigidos al vacío, en que la supuesta perfección técnica del protagonista acaba por desvanecerse del todo. Pueden muy bien leerse las sucesivas disertaciones como expresión de un conocimiento válido, de un auténtico diagnóstico de la República, como sofisticada manifestación de un conservadurismo social puesto en boca de un excelente creador del lenguaje, incluso parcialmente como reflexión indecisa de un pre-totalitario. Es posible que estas lecturas, u otras alternativas, tengan perfecta validez; pero para extraer tales consecuencias, el lector hubiera debido contar con la aludida información sobre su contexto. Sólo así puede conseguirse, desde nuestro momento histórico, «la mente serena y clara reflexión» que siempre Ortega tuvo por norte de su actividad intelectual. ■ ANTONIO ELORZA.

Vida y milagros de Monseñor Escrivá de Balaguer

Luis Carandell acaba de publicar en la Editorial Laia, de Barcelona, un libro que se ha convertido ya en un best-seller. La primera edición de su obra se agotó en Barcelona antes de llegar a Madrid. Y ahora figura entre los

primeros títulos de mayor venta, sin duda estimulada por la curiosidad natural que despierta un libro de este género —y un autor tan incisivo como Carandell— después del fallecimiento del fundador del Opus Dei.

Este libro tiene, a mi modo de ver, un defecto que hará pasar inadvertido a muchos el fondo del mismo: la ironía y el humor de su autor. Habrá demasiada gente —lo mismo entre los partidarios que entre los contradictores— que se fijen más en este factor «seriamente» jocoso que maneja con tanta maestría Carandell, que en el fondo investigador que late en el libro, y que es su mejor aportación.

El Opus Dei, no nos engañemos, es algo difícil de entender. No llegamos a conocerlo ni comprenderlo muchos españoles. Yo llevo varios años pacientemente dedicado a observarlo, a documentarme y a leer cuanto publican sus seguidores, y muchas veces no me atrevería a decidir acerca de muchas cuestiones importantes sobre su realidad espiritual. Casi todo lo hasta ahora publicado adolece o de excesiva simplicidad crítica o de exagerado optimismo laudatorio. Y ni una ni otras posturas clarificadoras para un investigador de la espiritualidad religiosa. Con los jesuitas hace años se pensaba lo mismo: todo eran o críticas negativas, llenas de un anecdotario negro, o alabanzas infantiles.

Por eso me parece meritoria por demás la labor de Carandell desbrozando anécdotas y hechos que, sin ningún género de duda, servirán en el porvenir para aclarar lo relativo a la historia del fundador de este difícil problema religioso que es el Opus Dei.

Tiene indudables aciertos el autor de esta obra al enjuiciar la clave de algunos aspectos del Opus y de su desarrollo. Por ejemplo, el relativo a «la concepción familiar-paternalista» de esta institución,

que es el motor psico-sociológico que la impulsa humanamente y da coherencia. Concepción intuitiva y desarrollada con habilidad por la sugestiva figura de Escrivá, que supo atraer a 60.000 personas de todo el mundo, ya que se encuentra el Opus en 80 países. Cifra mayor que la de cualquiera de las órdenes o instituciones religiosas más amplias y de solera de siglos existentes en el catolicismo; y cifra que fue conseguida en bien pocos años.

El lector deseoso de mayor detalle espiritual no encontrará en este trabajo un estudio de la estructura religiosa del Opus y de su espiritualidad. Cosa que está indudablemente por hacer, pues el somero trabajo del teólogo Hans Urs von Balthasar no merece ese nombre. Únicamente puede ser un buen paso previo el libro —apenas conocido— del profesor Enrique Ballester, «Crítica del Camino», que todavía no sé por qué no ha merecido apenas mención por parte de la crítica ni de las revistas católicas que frecuentemente buscan sacar a relucir todo lo que puede ser noticia acerca de la Obra. Este trabajo del inteligente profesor de Economía entiendo que es decisivo para conocer la espiritualidad del Opus, por su análisis científico del libro *Camino*, hecho con el mayor desapasionamiento, tan necesario en estos trabajos; aunque requerirá, sin embargo, matices y desarrollos que resultan hoy necesarios para captar la indudable evolución de la espiritualidad del fundador en estos últimos años.

Yo mismo, por caminos bien distintos de los usados por Carandell, he podido comprobar, a través de mi largo camino religioso, algunos de los hechos afirmados por él; y no dudo que su afán de historiador de la anécdota del personaje central del Opus avalan el resto con suficiente seguridad. Me parece muy acertado que sea cauto el autor



Josemaría Escrivá de Balaguer.

en no acercarse demasiado ligeramente a la figura del famoso Padre Ayala, S. J., fundador de la *Asociación Católica Nacional de Propagandistas*. Un estudio cuidadoso de las obras de este ya olvidado jesuita, que fue clave de la política de los católicos en este siglo hasta hace pocos años, llevaría a señalar con precisión semejanzas y desigualdades, y ciertamente más semejanzas que igualdades.

Me permitiría, no obstante, señalar algo que debería ser afirmado con más cuidado en próximas ediciones del libro: la raíz protestante del espíritu del capitalismo. Los trabajos recientes de Kurt Samuelsson y otros investigadores invalidan claramente la tesis excesivamente simplista de Max Weber a principios de este siglo, identificando moral protestante y espíritu del capitalismo.

Respecto a la sospecha de Carandell sobre si en 1934 existía o no la Obra, no coincide con los datos que yo tengo del tiempo de nues-

tra II República: supe entonces de algunas personas que ya formaban un claro núcleo, bastante estructurado en torno a Escrivá, y tenían análogos características a las que luego hemos conocido en la Obra de manera clara.

Obra la de Carandell que merece ser leída por todos, pues a tirios y troyanos interesa conocer los datos que aporta, para conocer mejor la figura del fundador del Opus. Pero repetiré que no se dejen llevar sus lectores por la vena del humor de Carandell, ante asunto de tanta importancia para el catolicismo español, y miren y valoren desapasionadamente lo que él dice. Y ojalá que este trabajo, que tantas anécdotas y hechos inéditos o mal conocidos recoge, sirva de estímulo para adentrarse desapasionadamente en el tema de la espiritualidad del Opus, que puede dar la clave de la atracción tan amplia que ha tenido la Obra, no sólo entre sus 60.000 seguidores, sino entre los mucho más amplios lectores de sus

revistas, y de sus libros de espiritualidad de la Colección *Patmos* o *Palabra*. Así, en vez de divagar con críticas o alabanzas, tendremos un análisis real y objetivo de las causas por las que consiguió el Opus tanta influencia en el campo religioso de nuestro tiempo. Quizá esta sea la mayor crítica que se puede hacer para muchos con inquietud intelectual, y no las frases tan simplistas que caen de boca en boca muchas veces y que, a muchos no nos convencen por su ingenuidad, y queríamos algo más sólido que explicase los hechos y a cuyo esclarecimiento colabora Carandell ahora. ■ E. MIRET MAGDALENA.

La poesía de Ernesto Cardenal

Tengo la impresión de que la poesía de Ernesto Cardenal no ha obtenido en España, hasta la fecha, el eco que su poderosa personalidad merece. Acaba de editarse entre nosotros una amplia antología de su obra (1), en una colección de difusión normalizada, y es de esperar que esta anécdota editorial le haga acreedor de mejor suerte en un futuro inmediato entre nuestros lectores y críticos.

Lo cierto es que, a pesar de que el libro citado hace el quinto de los suyos que se publican en España (2), Carde-

(1) Ernesto Cardenal: *Poesía escogida*. Barral editores. Barcelona, 1975. 284 páginas.

(2) Los títulos anteriores de Cardenal editados en España son: *El estrecho dudoso*. Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid, 1966. 204 páginas. *Salmos*. Colección El Toro de Granito. Avila, 1967. 76 páginas. Se trata de una selección que recoge veinticinco de los ciento cincuenta «salmos» de que consta el edición original. *La hora cero* y otros poemas. El Bardo. Barcelona, 1971. 50 páginas. *Poemas*. Colección Ocnos. Barcelona, 1971. 160 páginas. Se trata de una antología inferior sólo en extensión a la ahora editada.

nal sigue siendo un ilustre desconocido.

Lo cierto es que la poesía de Cardenal, a partir de la publicación de *La hora cero*, en el año 1960, inaugura un estilo totalmente nuevo en la poesía de lengua castellana de nuestro siglo, José Coronel Urtecho, en el prólogo a la primera edición de *El estrecho dudoso*, sintetiza en justas palabras sus características: «... la poesía de Ernesto Cardenal —dice— es voluntariamente refractaria a todo tipo de simbolismo, austeramente fiel a la realidad inmediata y exterior, como el mismo suele decir, una poesía exteriorista. (...) Sus versos son estrictamente funcionales, visuales, "proyektivos", como diría Charles Olson (3), es decir, ajustados a las facilidades de la máquina de escribir para registrar una nueva sensibilidad (...), ya que a menudo proceden parcial o totalmente de documentos contemporáneos a los sucesos, cartas, cédulas, actas y narraciones de cronistas e historiadores (...), cortada, distribuida, o, si se quiere, dosificada la comunicación con un ritmo correspondiente a las intensidades combinadas de la atención, la excitación emocional y la respiración, y con la rápida técnica alucinante de una película documental, que es, a mi juicio, la técnica apropiada para una nueva épica». Algo muy similar, en definitiva, a lo que más tarde ha hecho en España un poeta como Fernando Quiñones en sus «Crónicas», con un asombroso mimetismo, no desprovisto de alienato propio.

La hora cero, primer poema de Cardenal, profusamente reeditado a todo lo largo y ancho de

(3) *Poesía proyectiva*. Véase al respecto el artículo-manifiesto de Charles Olson, traducido y presentado por Luis Maristany, en «Camp de l'Arpa», número 7, Barcelona, agosto-septiembre 1973.

Hispanoamérica, y quizá por ello no incluido en la antología que motiva nuestro comentario, fue escrito por Cardenal en vísperas de su entrada en La Trapa como novicio, donde tuvo como maestro al poeta y escritor norteamericano Thomas Merton. Su rabioso compromiso con la realidad y la historia inmediata de su país, la fuerza de unos versículos totalmente ajenos a la rítmica tradicional, el prosaísmo trascendido por la propia y primitiva fuerza de las palabras, hacen del poema un clásico de nuestra lengua. Los *Epigramas*, publicados al año siguiente, pero presumiblemente de redacción anterior, tomaban como punto de partida a los clásicos griegos y latinos en una actualización llena de gracia y de ironía, mucho más cercana a nosotros que la de los maestros tomados como modelos. Los dos libros siguientes, *Getsemani, Ky.* y *Salmos*, ambos de 1964, inciden más directamente en la experiencia personal del poeta, quien, durante su redacción, se hallaba cursando estudios eclesiales para tomar las órdenes mayores en el año 1965, año de la publicación de su también difundidísima *Oración por Marilyn Monroe y otros poemas*. En los *Salmos* hallamos ciertas precisiones ideológicas ausentes en sus libros anteriores (y en muchos de los posteriores):

«Bienaventurado el hombre que no sigue las consignas del Partido», dice el primer versículo del libro, sin que en ningún caso se nos aclare a qué Partido se refiere el poeta. «Librame Señor, de la SS, de la NKVD, de la FBI, de la GN», precisará más adelante. En general, se trata de una extensa lista (ciento cincuenta salmos o partes del poema) de invocaciones con un denominador común: la llamada a Dios para que intervenga en los asuntos de este mundo, cosa que, a juz-